

CENTRO TEOLÓGICO MANUEL LARRAÍN
ACTAS DEL GRUPO “CATÓLICOS EN DEMOCRACIA”
AÑO 2004

ACTA PRIMERA REUNIÓN

Fecha: 19 agosto 2004
Lugar: Facultad de Teología Campus Oriente, Universidad Católica
Participantes: Cristián Barría, Enrique Barros, Carlos Catalán, Mariano de la Maza, Alejandra Lustig, Pedro Morandé, Juan Noemi, José Roa, Andrea Vial, Ignacio Walker, Jorge Costadoat y José Miguel Burmeister.

Tabla:

1. Objetivo de la reunión
2. Presentación de los participantes
3. Presentación del Centro de Investigación Teológica Mons. Manuel Larraín
4. Justificación de la iniciativa y del grupo
5. Presentación del tema del Grupo de Trabajo “Católicos en Democracia”
6. Reacciones al tema
7. Primeras sugerencias bibliográficas
8. Primeros acuerdos sobre el método de trabajo
9. Evaluación de la reunión

1. Objetivos de la reunión

Junto con distribuir entre los asistentes copia de la tabla de la reunión y del documento titulado “Teología de los Signos de los Tiempos”, preparado para la ocasión por Eduardo Silva, el coordinador del grupo, Jorge Costadoat, procede a leer este trabajo introductorio de la conversación. Después de un momento de oración explica los objetivos y etapas de esta reunión.

2. Presentación de los participantes

Se solicita a los participantes que en pocos minutos se presenten al resto del grupo y completen o corrijan el listado que se hace circular con sus datos, lo que se realiza de acuerdo a las instrucciones.

3. Presentación del Centro de Investigación Teológica Mons. Manuel Larraín

Se recuerda a los presentes lo que se les ha comunicado personalmente y que aparece resumido en el texto de presentación del centro que se les hizo llegar previamente.

4. Justificación de la iniciativa y del grupo

Esta primera etapa culmina con la justificación por el coordinador del origen de esta iniciativa. Nos entrega ciertas señales en las cuales se sustenta la convocatoria.

Comienza por hacer notar la necesidad de ver en la historia la presencia de Dios y sus distintas manifestaciones, darnos cuenta que Dios está haciendo algo nuevo en esta historia. En función de esa realidad debemos discernir lo verdaderamente nuevo y significativo. En esto descubriremos la innegable relación de Dios con el mundo.

Para lograr esta misión de discernir los signos de los tiempos, lo nuevo y significativo que revela la presencia de Dios, es fundamental el aporte y la mirada de las distintas disciplinas y quehaceres del hombre.

En esta tarea, la Iglesia debe constituirse como un espacio de diálogo, particularmente entre los católicos. Entendemos por católicos un grupo amplio y diverso de personas, e identificamos brechas significativas entre nuestra comunidad. Así, la Iglesia requiere dar un ejemplo, un testimonio de diálogo.

En cuanto a las expectativas de resultados a obtener de este grupo, se coincide en que la conversación que se dé es un fin en sí mismo. Sin embargo, la convocatoria no se acaba en la conversación, sino en que debemos obligarnos a “producir” ideas y resultados desde nuestro diálogo. Se invita a los participantes a escribir inspirados por el diálogo que se dé en el grupo, pero sin buscar documentos de consenso en los cuales el acuerdo no se logra y el resultado final no representa la esencia y características del espacio.

Concretamente, el coordinador nos cuenta que ya hay ofrecimientos de las revistas especializadas Teología y Vida, de la Universidad Católica, y Persona y Sociedad de la Universidad Alberto Hurtado.

Los espacios de publicación con que cuenta el grupo no se agotan en las publicaciones señaladas. La intención es abrirnos a espacios no especializados, entrando en contacto con personas de diferentes orientaciones y disciplinas, de un cierto nivel cultural e interés en los documentos que se produzcan.

Por lo anterior, es importante que cada integrante del Grupo -desde su propia experiencia- se sienta con la libertad de contribuir al diseño del trabajo que juntos podamos realizar.

5. Presentación del tema del Grupo de Trabajo “Católicos en Democracia”.

Después de un breve intermedio, continúa su invitación el coordinador, presentando el tema que nos convoca de acuerdo a la información recaba en las actas de las reuniones indagatorias. El texto de esta presentación es el siguiente:

Los católicos chilenos tienen una doble pertenencia a la sociedad democrática y a su Iglesia, y experimentan las tensiones que ella implica. Las posibilidades de tensión se multiplican especialmente porque la democracia de los medios de comunicación les ofrece nuevas formas de participación como ciudadanos para que organicen la convivencia social y política, y sin embargo esta misma democracia mediática compite también en contra de los valores tradicionales con los cuales esta organización de la convivencia puede ser plasmada evangélicamente. Por otra parte, los católicos constituyen parte del pueblo de Dios jerárquicamente estructurado. Si en la sociedad democrática los católicos gozan y padecen una pluralidad de posibilidades, en la Iglesia ellos cuentan con la orientación de sus pastores, pero a menudo padecen sus llamados a la unidad.

Una serie de asuntos merecen una atención especial o representan un deseo que quiere ser escuchado:

- 1) Parece pendiente de parte de los católicos (pastores y laicos) un reconocimiento generoso del carácter evangélico de una serie de valores democráticos e incluso de la democracia en términos generales. Antes que un sistema político, la democracia es una cultura, un modo de convivencia humano preñado de valores cristianos.
- 2) Esto no obstante, es necesario un mejor discernimiento de la calidad humana y cristiana de la democracia como forma de gobierno y como cultura, pues la sociedad democrática no es nunca neutra. Ella compite a favor y también en contra de sí misma.
- 3) Un discernimiento de la sociedad democrática que "somos" exige de los católicos una actitud dialogante con esta misma sociedad, como la actitud de aquel que examina en sí mismo las motivaciones de su acción. Parece importante no absorber la iglesia en la sociedad (como si se tratara de una realidad meramente sociológica), pero tampoco separarla y plantear las cosas en términos de diálogo iglesia-mundo. Los católicos somos integrantes del mundo, de esta sociedad concreta a la que pertenecemos. La iglesia es mundo, y su vocación es salvar el mundo.
- 4) Por lo mismo el discernimiento y el diálogo son exigencias intra-eclesiales. Hemos detectado que los católicos desean que la Iglesia sea por excelencia un ámbito de conversación y de pensamiento, que ella ofrezca espacios de reflexión libre de miedos, en los que se debatan asuntos contingentes y a veces candentes, del acontecer nacional.
- 5) Cabe recordar que aquella generación de franceses que fueron capaces de dialogar, prepararon de este modo el Concilio Vaticano II.
- 6) El diálogo entre católicos es una necesidad urgente. Preocupa la fragmentación o feudalización de los católicos entre sí y también entre estos y la jerarquía.

7) La actuación de los católicos en democracia se ve necesitada de clarificaciones y sanaciones domésticas. En la relación de los laicos y la jerarquía se percibe una variación en los conceptos de "autoridad" y "disciplina". Gracias a una mayor valoración de la libertad personal, los laicos reclaman una autoridad más dialogante. Como seguidores de Jesús, los laicos quieren ser considerados interlocutores de los pastores. Ante el "cambio de época" detectado por los obispos (Orientaciones Pastorales 2001-2005), los fieles experimentan una dificultad frente a la jerarquía de la Iglesia, pues tienen la impresión de que los pastores, ante problemas nuevos, responden con "doctrinas hechas" que inhiben su creatividad o respuestas "moralizantes" que no dejan posibilidad al discernimiento. Laicos comprometidos en política reclaman que se les respete en la autonomía de su actividad y de su conciencia. Otras veces los laicos tienen la impresión de que no se les permite pensar por sí mismos, echando de menos precisamente que los pastores les enseñen a reflexionar y a discernir como adultos.

8) No obstante las dificultades reseñadas, aun cuando toca transitar a otra época con todas las incertidumbres que ello provoca, hay muchas razones para esperar y creer que el Evangelio puede inspirar la configuración de los nuevos tiempos, los que requerirán de una nueva iglesia.

(Extraído de las actas de las reuniones preparatorias y redactado por J. Costadoat)

6. Reacciones de los participantes

- Conviene restringir el uso del concepto de democracia. Por una parte la caracterización de nuestra sociedad como "democrática" no obedece a la realidad. La democracia misma es fuertemente cuestionada en la actualidad. La gente de hecho confía poco en la democracia y sus instituciones. Por otra parte, la ampliación del uso del concepto más allá de su ámbito político estricto a la cultura en general, parece semánticamente inútil. Con todo, se observa que la discusión entre los autores sobre esta materia no está zanjada. Y, por cierto, la Iglesia ha llegado tarde a valorar la democracia y frente a ella se desenvuelve con dificultad.

- Preocupa el modo de relación de la jerarquía de la Iglesia con la sociedad, su actitud ante el mundo actual expresada a veces en un lenguaje "revelado" intolerante y su injerencia en asuntos políticos estrictos. Esto lo lamentan especialmente los laicos que a veces se sienten pasados a llevar, no respetados en su deber de desempeñarse como cristianos y en libertad en la sociedad. El caso de la discusión y aprobación de la ley de divorcio es presentado como paradigmático.

- En el marco de la "competencia" que el catolicismo enfrenta de nuevas ofertas de religiosidad, no se puede olvidar que la fe, por más mediada que deba ser eclesialmente, es irreductiblemente personal. Es delicado, por lo mismo, que se reclame a los fieles posturas políticas uniformes en nombre de la fe.

- Hay en nuestra cultura una cuota significativa de anticlericalismo que no es, sin embargo, sino el reverso de un alto aprecio de la función sacerdotal. Cuando el sacerdote se hace "insoponible", los mismos católicos encuentran manera de no hacerle caso. Una cierta "hipocresía católica" despunta como un aspecto de sabiduría popular, pero ella debiera ser examinada, pues no parece normal contentarse con ser "católicos a mi manera"; también cabe la posibilidad de que el sacerdote haga daño.

- Se detecta una distancia entre los laicos y los pastores, y más aún entre estos y los no-creyentes. No parece que la jerarquía ayude a los laicos en el discernimiento de los signos de los tiempos, como para dar testimonio del Mensaje evangélico una vez más.

7. Primeras sugerencias bibliográficas.

Concluye el coordinador, invitando a los presentes a compartir la bibliografía que les parezca relevante, particularmente aquellas de su autoría.

8. Primeros acuerdos sobre el método de trabajo.

Las reuniones de este Grupo se realizarán los siguientes días martes: 21 de septiembre, 19 de octubre y 16 de noviembre. Para los siguientes encuentros mantendremos el mismo lugar, Campus Oriente de la Universidad Católica.

Hubo un cierto acuerdo en trabajar sobre textos teológicos (sugerencia de Enrique Barros) y partiremos con un artículo escrito por Juan Noemi.

Cristián Barría recomienda además el texto de Juan Luis II: "El dogma que libera".

9. Evaluación de la reunión.

No alcanzó el tiempo comprometido con los asistentes para realizar una adecuada evaluación de la invitación y la conversación resultante, pero se coincidió por la mayoría en la necesidad de este espacio.

José Miguel Burmeister
Secretario

ACTA SEGUNDA REUNIÓN

Fecha: 21 septiembre 2004
Lugar: Sala Consejo, Facultad de Teología Campus Oriente, Pontificia Universidad Católica
Participantes: Cristián Barría, Enrique Barros, Carlos Catalán, Mariano de la Maza, Pedro Morandé, Juan Noemi, José Roa, Carlos Casale, Augusto Quintana, Claudio Agostini, Eduardo Silva, Jorge Costadoat y José Miguel Burmeister.

Tabla:

El coordinador da la bienvenida a esta segunda reunión del grupo Católicos y Democracia, agradeciendo la presencia de los concurrentes.

Después de un breve momento de oración explica a los asistentes las ausencias. Ignacio Walker no podrá seguir participando por haber sido designado embajador de Chile en Italia. Tampoco podrá participar por este semestre José Pablo Arellano debido a que la hora de las reuniones le coincide con clases que debe impartir. Alejandra Lustig su participación esta vez. Asimismo, se excusó Paula Escobar.

Pidiendo disculpas por no haberlo consultado previamente, presenta a los nuevos integrantes Augusto Quintana y Claudio Agostini. Augusto Quintana es abogado, profesor de Derecho Constitucional de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, subgerente legal de CORFO y asesor legal del Arzobispado. Claudio Agostini es economista y profesor de la Universidad Alberto Hurtado. Nos acompaña esta vez Eduardo Silva, S.J. miembro de otro de los grupos del Centro Teológico Manuel Larraín. Concluye esta parte con la distribución de la hoja con los datos de los participantes para que se incorporen las modificaciones que correspondan.

Se entregan dos documentos. El primero es un listado de los integrantes de cada uno de los cuatro grupos que conforman el Centro Teológico Manuel Larraín. El segundo es el acta completa de la primera reunión de Católicos en Democracia. Adicionalmente, en los días previos a esta reunión, el coordinador hizo llegar a los participantes los siguientes archivos: los núcleos fundamentales de la conversación de la primera sesión, bibliografía recomendada por el coordinador y Cristián Barría, el artículo de Pedro Morandé *La necesidad que las ciencias sociales tienen de una filosofía de la persona*, y el escrito de Juan Noemi *Sobre la Democracia*. Tal como se acordó en la reunión pasada, esta vez la conversación sería motivada por este último documento como una orientación inicial de la conversación.

Después de lo ya descrito, el coordinador hace un recuento de lo conversado en la primera reunión, destacando los puntos centrales del diálogo sostenido.

El objetivo de nuestro grupo es intentar hacer una teología de los signos de los tiempos. Nos queda apropiarnos del tema, ubicar y jerarquizar los subtemas que han ido surgiendo y definir un método consensuado para abordarlos. Recuerda la utilidad del documento *Signos de los tiempos* redactado por Eduardo Silva. Queremos discernir la acción de Dios en los acontecimientos de nuestro tiempo. Para este propósito se recordó lo provechoso que fue para el diálogo el documento preparado al efecto por Eduardo Silva S.J. En función de esto debemos detectar los hechos, las acciones humanas más relevantes en función de nuestro propósito, y en esos hechos ver qué es lo que está haciendo Dios. No todos los acontecimientos son inspirados por Dios, por el Espíritu. Esto supone que Dios actúa en la historia y que, no obstante las dificultades, hay una Buena Nueva que descubrir, pues Dios no se agota en su primera creación. Hay que descubrir la Buena Noticia, qué está Dios creando de nuevo. La fe católica entrega principios para hacer esa lectura: libertad y fraternidad. Se trata de principios esencialmente cristianos que nos permiten identificar a Dios en la historia.

Temas e hilo de la conversación

Se ofrece a continuación una síntesis de lo conversado en la reunión, destacando los temas principales que surgieron y ofreciendo una interpretación de lo que habría sido el hilo de la discusión.

¿Qué sucedió en nuestra última reunión para que, habiendo comenzado conversando acerca del tema de la "democracia", hayamos terminado haciéndolo sobre el concepto de "persona"? La sesión se abrió con comentarios al artículo de Juan Noemi titulado "Sobre la democracia" (muy bien acogido) y terminó con la recomendación de lectura para nuestra próxima reunión de tres textos distintos sobre la persona (Morandé, Casale, De La Maza).

En la conversación fue relevada la importancia de algunos temas que probablemente requerirán mayor profundización a futuro: la necesidad de definir qué se entiende en la Iglesia por laico (tarea que *Christifideles Laici* dejó pendiente); la naturaleza del poder, en particular del ejercicio del poder, considerado desde diversos puntos de vista (sociológico, filosófico y teológico); y la crisis de la organización gubernamental y del ejercicio del poder en la Iglesia Católica (cuyo régimen monárquico resiste malamente las presiones democráticas, inhabilitando de paso a la Iglesia para influir en los nuevos tiempos).

El tratamiento de estos temas, sin embargo, tuvo un movimiento. Una y otra vez volvimos a lo mismo, procurando clarificar la polaridad de la idea que parecía más fundamental y que en este momento nos orienta en la búsqueda. A saber, hemos constatado que es la pretensión de universalidad de la Iglesia un principio decisivo de explicación de las tensiones que hoy día la agitan. Por otra parte, no parece posible que la Iglesia renuncie a esta pretensión, sería pedirle que desistiera de su misterio. Nosotros mismos los convocados a este grupo "católicos en democracia", nos hacemos cargo del afán de la Iglesia por una unidad que contenga la diversidad y la propicie a favor de todos.

Los tiempos nos hablan de diversidad: predomina el ejercicio individual de la libertad y el pluralismo. En estos fenómenos se discierne un signo de los tiempos, es decir, una acción de Dios pero respecto de otras acciones que, por conducir a la mera dispersión, no son propiamente divinas. ¿Quién se responsabiliza de la unidad? La Iglesia Católica, en nombre de una religión "fuerte", ofrece precisamente unidad y procura verificarla en la historia como su misión específica y aunque a muchos les pese. Ella se debe a la Encarnación, al anuncio del "todo en la parte" (la "persona" del Hijo de Dios "en dos naturalezas", según lo define el concilio de Calcedonia¹), pues de ella depende, en definitiva, el sentido de "las partes" o de la diversidad en general (del mundo y de la historia).

Por lo mismo, las dificultades que esta pretensión acarrea son enormes. Siempre es más fácil pensar la unidad que representarla históricamente. La Iglesia representa en la historia la presencia del Dios creador de todo el universo a través del sacramento de la eucaristía y del testimonio de los santos. Pero la "particularidad" histórica y cultural de la Iglesia no convence y, peor aún, conspira contra la misma Iglesia cuando ésta la impera a los demás con abuso de poder. En este caso la Iglesia representa exactamente lo contrario. Entonces, el "aggiornamento" de la Iglesia en el camino de la "particularidad" a la representación de la "universalidad" a la que aspira, no debiera tener límite, debiera repetirse incesantemente a partir de la renuncia de Jesús al poder (ante la muerte y a lo largo de toda su vida).

La representación de la unidad que la Iglesia pretende, nos exige distinguir los planos para unirlos. Para los cristianos ningún poder histórico puede considerarse "divino": el mundo "no es Dios". La Iglesia tampoco lo es. Pero la mera distinción entre el orden del sentido (ontológico) del poder respecto del ejercicio (histórico) del poder, conduce a una esquizofrenia insoportable. El ser humano no puede ser un "habitante de dos mundos". La entrega de Jesús a la muerte, su renuncia a un determinado uso del poder opuesto al poder de Dios en quien confía y que lo resucitará de la muerte, carecería incluso de inteligibilidad si se olvida que Jesús fue asesinado por los que excluían a los que Jesús quiso incluir (pobres y pecadores). Es este ejercicio del poder de Jesús, el que culmina en su renuncia al poder en la cruz (acto provocador de incalculables consecuencias políticas). La práctica "democratizante" de Jesús verifica en la historia aquel poder trascendente que guía su vida. Aun siendo "particular", la práctica de Jesús y la libertad con que encara la muerte media la acción a través de la cual Dios une "universalmente" a todos.

En la tradición de la Iglesia hay mucha diversidad y riqueza. Los nuevos tiempos se presentan no sólo como críticos a la Iglesia sino también como una oportunidad para cumplir su misión. En busca de la salida a la paradoja del "todo en la parte", tras la mediación de la representación de la unidad en la diversidad como misterio ineludible

¹ El concilio de Calcedonia (año 451) es a juicio de muchos el concilio dogmático más importante de la historia de la Iglesia. En él se adoptan los términos fundamentales ("una persona en dos naturalezas") que permitirán decir cómo se unen en Cristo lo divino y lo humano, precaviéndonos de la mezcla (que induce a que lo divino prevalezca sobre lo humano) y de la separación (que imagina la posibilidad de un desarrollo de lo humano al margen de Dios).

de la Iglesia, es que hemos decidido indagar en el concepto de "persona" con que el cristianismo ha dotado a Occidente. En la medida que la persona de carne y hueso es considerada entre nosotros "fin" y no "medio" (Kant), un "sujeto de derechos" históricos de dignidad inalienable, creemos tener una pista más universal que los santos y la eucaristía para que Dios sea representado en la historia.

Estos primeros trazos de lo que entendemos por persona nos impulsan en búsqueda del mejor de sus conceptos, para la mediación más universal del misterio y de la misión de la Iglesia.

(Burmeister/Costadoat)

ACTA TERCERA REUNIÓN

Fecha: 19 de octubre 2004
Lugar: Sala Consejo, Facultad de Teología Campus Oriente, Pontificia Universidad Católica
Participantes: Pedro Morandé, Cristián Barría, Mariano de la Maza, Carlos Casale, Juan Noemí, Carlos Catalán, Enrique Barros, José Roa, Jorge Costadoat y José Miguel Burmeister.

Después de la lectura de un episodio del Evangelio, el coordinador informa de algunas excusas por inasistencia y procede a la lectura del acta de la sesión anterior.

Antes de recoger opiniones sobre el acta, recuerda a los presentes en qué se está. El asunto, a esta altura de la conversación, es qué nos aporta el concepto de "persona" al tema que nos convoca. El marco es el siguiente: a) interesa discernir los signos de los tiempos (la acción de Dios en la historia); b) a propósito del tema "católicos en democracia".

En cuanto al método de la reunión, se recuerda que no es necesario que sea siempre el coordinador el que dé la palabra. A veces, por favorecer el hilo de una conversación, conviene "tomar la palabra" (saltando incluso el turno).

Comentarios al acta

A continuación se da la palabra para opinar sobre el acta:

Pedro Morandé:

No está de acuerdo con lo sostenido en el acta respecto de una esquizofrenia entre el orden del sentido y el del ejercicio del poder. Las personas actuamos en distintos planos, en varios planos, pero no por eso vivimos en distintos mundos, esquizofrénicamente. No le gusta la imagen de la esquizofrenia para reflejar lo dicho, porque ella alude a un quiebre estructural de la personalidad.

Mariano de la Maza:

Hay distintos planos pero no disociados, son planos diferentes de la unidad de la persona. Quizás el énfasis no está puesto claramente. Podría ponerse esquizofrenia entre comillas, o usar la palabra desintegración o fragmentación.

Enrique Barros:

El uso de la palabra "democratizante" tampoco le gusta.

Juan Noemi:

Hay una afirmación en el artículo de Pedro Morandé respecto de que la persona tendría una realidad metafísica y no empírica que no comparte. Está de acuerdo en que en la persona hay un origen teológico no “experimentable”, pero cuestiona que por ser metafísica no sea empírico. Un aspecto no excluye el otro.

Hilo de la conversación y temas de fondo

La conversación puede ser ordenada en tres niveles de argumentación:

I. Discusión sobre el concepto de persona

El concepto de persona, concepto clave para entender la cultura occidental en la que la Iglesia preferentemente ha cumplido su misión, ha variado a lo largo de los siglos y, sin embargo, conserva sus diversos alcances, haciéndose necesario volver a las tradiciones que lo alimentan para recuperarlo.

Un asunto no del todo aclarado en nuestra discusión, ha girado en torno al carácter metafísico, no empírico, de la persona. Esta opinión, sostenida por Pedro Morandé, parece ser compartida por los demás en parte, pero no en todo. Persona no es lo mismo que "ser humano". La mayor parte de nuestros actos pueden ser denominados humanos, pero no por ello son actos "personales". Las mismas colectividades, las instituciones y países pueden dejar de existir y, sin embargo, no por ello sus integrantes dejan de ser personas. Sólo una persona es capaz de encarar la muerte como una experiencia ontológica.

Ninguno pareciera desconocer la realidad ontológica de la persona, sobre todo en la medida que se reconoce a ella su índole trascendente (irreductible al mundo de las "cosas", diría Julián Marías). Lo que parece difícil de admitir -como se ha señalado más arriba- es que el carácter ontológico de la persona excluya su manifestación y constitución histórica. Se recuerda, además, el caso de colectividades que reclaman el reconocimiento de su personalidad colectiva -el pueblo mapuche es un ejemplo-, como condición de posibilidad del origen de la personalidad de sus miembros.

Probablemente la diferencia de opiniones a este respecto requiera aún otra "vuelta de tuerca". En términos tradicionales, puede estar faltando una mejor articulación de lo que la persona es en cuanto realidad "incomunicable" (única e irrepetible) y en cuanto "relacionada" (existente en otros, a partir de otros y para los demás).

La conversación se desplazó a la necesidad de revisar el concepto moderno de persona. Este, fundamentalmente, conserva la connotación de dignidad trascendente o absoluta del concepto clásico, pero incorpora la autonomía de la libertad individual como su nota más característica. Esta idea domina a tal punto la modernidad, que el mismo concepto de persona pareciera ser típicamente moderno. Los reclamos en nombre de la persona configuran ampliamente las instituciones políticas y jurídicas. La autonomía de la persona en la modernidad, sustenta a la democracia como la única alternativa política posible. En razón de la persona, la exclusión social es vista hoy como una realidad que no

puede ser (aunque de hecho lo sea). Y, sin embargo, como lo detecta el informe del PNUD 2002 en Chile, los procesos de individuación pueden ser deletéreos si conducen a una autonomía vacía de contenidos. Y este es precisamente el drama de la modernidad: la libertad reclamada como autonomía absoluta por sujetos que, por otra parte, experimentan una multiplicidad de dependencias no siempre conscientes ni declaradas.

Se ha hecho necesario recordar, en consecuencia, la raíz cristiana subyacente al concepto de persona. Para el cristianismo este proviene de la *kénosis* (abajamiento) de la persona del Hijo de Dios que en la encarnación se identifica con el pobre y el marginado. La persona divina del Hijo es experimentable históricamente en Jesús de Nazaret. Es a través de la pro-existencia de Jesucristo a favor de los despreciados, que la salvación alcanza a todos. De aquí que persona no constituya una "esencia" (como ha podido ser para el pensamiento helénico), sino una "existencia" en favor de los demás (como afirma Ricardo de San Victor).

Otros dos aspectos del concepto cristiano de persona fueron puestos de relieve, aun cuando su conexión con lo anterior no se haya explicitado suficientemente. Uno, es el origen judeo-cristiano remoto de la libertad moderna, como característica de la persona. En el judaísmo la teoría del "simsung" nos recuerda a un Dios que se abstiene, que se retira para que el hombre sea alguien. En el cristianismo, además, ha sido recurrente en la espiritualidad el desarrollo de la propia personalidad a partir de una "vocación", es decir, de una relación personal con Dios trascendente (Balthasar). Estos antecedentes permiten imaginar la recuperación de un tipo de teo-nomía que no sea hetero-nomía, como alternativa a la auto-nomía moderna.

II. La reacción de la Iglesia

Como se dijo en la sesión anterior, la Iglesia no puede renunciar a su empeño por conducir al mundo a la unidad porque así claudicaría a su misterio y misión. La Iglesia pretende ser eficaz, quiere influir, tiene una pretensión de poder respecto del mundo que, en principio, es perfectamente legítima.

Se constata, sin embargo, que la postura general de la jerarquía de la Iglesia² en relación al mundo moderno es muy inconveniente, pues su palabra no es percibida por los contemporáneos como "mensaje", "buena noticia". A estos no les basta que se reconozca la dignidad de su persona, si no se valora su libertad entendida como autonomía y si, por otra parte, los pastores politizan la relación de la Iglesia con el mundo. A los fieles, en tanto hombres y mujeres de su época, les resulta insoportable ser educados con catecismos escritos como códigos jurídicos y "moralinas" que agostan en ellos todo posible protagonismo. La jerarquía eclesiástica no ha percibido que el mundo actual se mueve por una lógica de autonomía irrefrenable. En vez de acoger esta señal de los tiempos, ella continúa planteando su relación con el mundo, y con sus fieles en particular, en términos heterónomos (con un autoritarismo que aleja a la Iglesia de su vocación de

² Normalmente se habla de la "Iglesia" cuando se levantan quejas contra los pastores. Parecería más útil manejar la distinción, pues a propósito del tema del poder, no es la Iglesia indistintamente la que es puesta en cuestión sino su jerarquía.

"madre"). Por esta vía no se ve cómo su incidencia en la historia no se reduzca cada vez más, hasta perder el poder que le queda.

Lo más grave, sin embargo, sería perder la posibilidad de anunciar "el poder del resucitado", el poder inmenso de aquella libertad que prevalece sobre los demás, porque renuncia a apoderarse de ellos o dominarlos. La renuncia al poder tiene una fuerza comunicativa extraordinaria, que empalma de lleno con el Evangelio ("buena noticia"), y reclama ciertamente una modalidad diversa de realización.

III. Tarea pendiente

Los que los contemporáneos esperan legítimamente de la Iglesia hoy es su "mensaje". Los católicos, en especial, esperan que los pastores les ayuden a desempeñarse en la sociedad pluralista y democrática. Es elocuente que en la sociedad norteamericana, donde la libertad religiosa le ha quitado el piso al clericalismo, el pluralismo favorezca y fortalezca la fe de los ciudadanos.

El *aggiornamento* de la Iglesia, por lo demás, no puede consistir en un mero acomodo a los tiempos. El valor universal de su "mensaje" implica acoger los signos de los tiempos, pero también resistir al mundo actual bajo determinados respectos.

Esto nos lleva a la conclusión siguiente: el "mensaje" de la Iglesia hoy no puede no incorporar la demanda de autonomía individual personal, pero debiera consistir en una palabra que sirva para "vincular" a unas personas con otras. En la dimensión "relacional"- "sustantiva" de la persona, se juega la superación de la concepción individualista moderna del "yo". En ella se abre paso la posibilidad de un sentido compartido por todos. ¿Cómo puede la Iglesia decir algo "vinculante" a las personas de nuestro tiempo? Esta parece ser la tarea que esta época reclama de la Iglesia.

(Busmeister/Costadoat)

ACTA CUARTA REUNIÓN

Fecha: 16 de noviembre 2004
Lugar: Facultad de Teología, Campus Oriente, Universidad Católica
Participantes: Cristián Barría, Augusto Quintana, Enrique Barros, Carlos Casale, Eduardo Silva, Carlos Catalán, Alejandra Lustig, José Roa, Jorge Costadoat y José Miguel Burmeister.

Se lee un párrafo del Evangelio.

Se informa que Paula Escobar ha comunicado que no podrá incorporarse al grupo porque no tiene suficiente tiempo para atender a su familia y trabajo; se han excusado de asistir, Pedro Morandé, Mariano De La Maza y Juan Noemi.

Se agradecen las contribuciones de Cristián Barría y de Enrique Barros. Esta será incluida como parte del acta de la reunión anterior.

I. Desarrollo del tema principal

Se lee el acta de la sesión anterior.

Se aborda el tema planteado para la presente reunión: ¿Cómo puede hoy la Iglesia comunicar su mensaje a las personas en términos "vinculantes"?

Hilo de la conversación y temas de fondo

Dos fueron los temas principales. Uno, referente al lenguaje capaz de transmitir el mensaje de la Iglesia como una palabra "vinculante"; otro, atingente al "vínculo" que la Iglesia representa y que constituye a las personas en cuanto tales. A propósito de ambas cuestiones, nuevamente se constata la necesidad de que la Iglesia anuncie el Evangelio en una sociedad moderna tardía en la que el primado de la autonomía individual termina por vulnerar la asociatividad humana y abandonar a las personas a cualquier suerte.

a) Reconocimiento de un vínculo antecedente

Lo que nuestra época no capta, es precisamente lo que la Iglesia quiere representar y no siempre puede: la antecendencia, al menos temporal, de la comunidad a las personas.

El reclamo que la Iglesia hace de la comunidad, de una red de vínculos personales que hacen posible a las mismas personas mediante su recíproco don, no constituye un simple dato revelado, pues aunque sea un dato religioso este engasta en una sociabilidad antropológica con bases seguras en la filosofía. En última instancia, la Iglesia y cualquier comunidad humana que haga de espacio comunicativo para que nos constituyamos unos a

partir de los otros, es decir, en que seamos constituidos en personas en sentido estricto, deben ser vistas como obra del Creador.

Dicho en otros términos, la eucaristía como acción de gracias comunitaria a Dios por el don de su Hijo y de la salvación, como reconocimiento agradecido de los hermanos por la identidad de hijos e hijas de un Padre que nos ama aun antes de nuestro nacimiento desde y por toda la eternidad, no sólo tiene un paralelo, por ejemplo, en la actitud básica de agradecimiento que Heidegger demanda del hombre, sino que la expresa, la ilumina y la celebra.

La Iglesia, por ende, no hace nada indebido, al contrario, cumple su misión, cuando exige de sus miembros el reconocimiento del vínculo comunitario que los une a la colectividad del pasado y los proyecta a un futuro también comunitario. Esto es lo que ella ha recibido, el depósito de la fe, con tarea de transmitirlo a las generaciones sucesivas. Hay una forma de heteronomía que no puede descartarse en las relaciones de la Iglesia jerárquica con los fieles, esta es, la que exige e impera a los miembros de esta comunidad autorregularse libre y amorosamente al interior de una tradición que los recibe, los reconoce y los orienta.

En los hechos, empero, se lamenta que la búsqueda angustiada de una vinculación reiteradamente frustrada de nuestros contemporáneos, no encuentre en la Iglesia una representación de los vínculos y de la comunidad que ellos necesitan, sino de un modo precario y a veces incomprensible. En cuanto institución, la Iglesia carga con la tendencia a la autolegitimación que le dificulta enormemente realizar las modificaciones institucionales que signifiquen que la comunidad de Cristo es un don verdadero y la condición de posibilidad de la realización de libertad personal auténtica.

b) Necesidad de un lenguaje vinculante

La Iglesia no puede modificar lo que ha recibido con encargo de ser transmitido, en este caso, la tarea de enseñar y recordar a los fieles y a los que no lo son, que hay un vínculo primordial con Dios, que origina vínculos de hermandad entre los seres humanos, y que el Señor ha encomendado a ella interpretar, atando y desatando, a lo largo de la historia. Este misterio, por lo mismo, no puede sino ser anunciado en el lenguaje correspondiente.

El ejemplo de las parábolas de Jesús es invocado para recordar que, si se trata de hablar en nombre de Dios, no hay lenguaje más feliz que el que sugiere varias posibilidades, el que apela a las diversas dimensiones de nuestra humanidad y que, por dirigirse indirectamente a su interlocutor, con un desvío retórico, sin violentarlo, hace posible su aceptación libre. Tocándola en algo, la persona se siente desafiada por la parábola. Esta tiene varias interpretaciones posibles, pero no cualquiera. El lenguaje eclesiástico, en cambio, a menudo persigue un solo sentido, es abstracto, no despierta la imaginación, no deja escapatoria y no consigue convencer.

Llama la atención, constituye incluso una paradoja, que las mejores películas sobre Jesús hayan sido hechas por no creyentes: "La pasión según san Mateo" (Passolini), "Jesús de Monreal", "El azar de Baltasar" (Breson). ¿Por qué los no creyentes comprenden mejor lo

que los creyentes debieran comprender y no siempre comprenden? ¿Por qué los creyentes captan a Jesús mejor en el relato biográfico que en aquellas interpretaciones en que Jesús aparece "como si" fuera el Hijo de Dios?

Este recurso lingüístico del "como si" (Heidegger), que crea un espacio a las posibilidades, desafía a la imaginación e invita a un juego, "como si" que en san Pablo es tan importante, bien pudiera ser más socorrido en el lenguaje necesario para recordar y crear vínculos entre las personas.

Si el mensaje de la Iglesia es universal, resulta determinante que sea comunicable en un lenguaje que sus propios fieles puedan acogerlo como una "novedad", pero, sobre todo, los que no son creyentes. Por el contrario, un lenguaje que encierre a la Iglesia en sí misma, que imponga a la fuerza o políticamente sus contenidos a creyentes y no creyentes, la aleja de su misión.

El documento titulado "Camino al bicentenario" representa un esfuerzo de los pastores de reflexionar sobre el futuro del país en un lenguaje dialogante. Pero cuestiones de fondo parecen impedir que, en algunos de sus artículos, se abran las puertas a una conversación sin reserva. Es cierto que no se puede esperar que los sacerdotes hablen siempre en términos metafóricos, el lenguaje unívoco también parece ser necesario. Pero si se trata de anunciar el Evangelio a personas que ven en la Iglesia una amenaza a su libertad, parece indispensable recuperar el habla de Jesús.

II Camino recorrido y proyección futura

Con el objeto de evaluar y proyectar el grupo a futuro, teniendo en cuenta que esta es la última reunión de 2004, es necesario recordar dónde quedamos. El coordinador ofrece un panorama del trabajo del grupo en tres puntos:

1.- Invitación primera

- a) General: Desarrollar una teología de los signos de los tiempos (pastoral, multidisciplinar, laical), a partir de un ámbito de conversación libre.
- b) Específico: Abordar el tema de "católicos en democracia", por cuanto hemos detectado la dificultad que tiene la Iglesia *ad extra* y *ad intra* para desenvolverse en una sociedad plural y abierta. Nos ha guiado el interés por encontrar el mejor modo de relación de los católicos con su sociedad y entre ellos, que Dios sugiere para nuestra época.

2.- Visión del camino hecho

Primera reunión

- Dicho con más precisión, el tema que nos reúne es el de los católicos, pastores y laicos, en la sociedad pluralista y abierta, y organizada de acuerdo a un sistema político democrático. Los integrantes del grupo piden cautela con el uso del concepto de "democracia" para calificar a la sociedad en su conjunto.

- El caso es que en esta sociedad, los fieles católicos no se sienten respetados por la jerarquía de su Iglesia cuando les toca desempeñarse como tales, en libertad y responsablemente.

- Por una parte, se lamenta que se reclame de los laicos posturas políticas en nombre de un credo que en última instancia es insustituiblemente personal. Por otra, se echa de menos de la jerarquía una mensaje que ayude a los fieles a discernir los signos de los tiempos a la luz del Evangelio.

Entre ambas reuniones

- Leímos el artículo de Juan Noemi: "Sobre la democracia". En él Juan aborda el tema de la democracia como un "signo de los tiempos" que, para ser percibido en cuanto tal, requiere de la Iglesia una auténtica conversión al poder de Jesús. Por esta vía la fe cristiana empalma con la concepción moderna de la democracia como control al poder, pero corrige también su abstracción en tanto recurre al poder trascendente del crucificado.

Segunda reunión

- Constatamos que en gran parte la tensión principal que agita a los católicos en una sociedad como la nuestra dice relación con el misterio y la misión de la Iglesia. La Iglesia no puede renunciar, y menos en un mundo pluralista que tiende a la dispersión, a buscar la unidad, a trabajar por un bien universal. El problema es cómo se lo hace, cómo se representa históricamente esta unidad, con qué poder se lo intenta.

- La pretensión de unidad de la Iglesia exige distinguir los planos, para unirlos: ningún poder histórico es divino. La renuncia del crucificado al poder nos enseñar que este refiere a un fundamento trascendente. El ejercicio del poder media su razón trascendente de ser en la medida que, al modo de Cristo, incluye a los que otros marginan y auspicia la libertad ajena en lugar de prevalecer sobre ella a la fuerza.

- En busca de la mediación de la paradoja del "todo en la parte", de la articulación del poder trascendente como ejercicio histórico del poder en favor de la unidad, desembocamos en la necesidad de abordar el tema de la "persona".

Entre ambas reuniones:

- Leímos tres textos sobre la "persona": Morandé, Casale y De La Maza.

Tercera reunión

- De modo semejante a cómo fue necesario distinguir el sentido ontológico del poder de su ejercicio histórico, nos fue necesario distinguir a propósito de la "persona" su índole metafísica de su mediación empírica. Recogimos de la concepción clásica su doble referencia a lo "incomunicable" (irrepetible) y a la "comunicación" (constitución por inter-relación). Recuperamos de la tradición judeo-cristiana su fondo teológico último en

la identidad del Hijo de Dios que, encarnado, es amado, liberado y llamado a solidarizar con los marginados.

- Hemos caído en la cuenta de que en la modernidad el concepto de persona parece clave para comprender la vida en sociedad, porque sugiere la idea de la "síntesis de contrarios" que nos moviliza: individualidad y comunidad, esencia e historia. Ultimamente el concepto se ha inclinado del lado de la libertad individual, de una autonomía sin par, de una emancipación de toda heteronomía terrena o celeste.

- Si desde el punto de vista de la dignidad trascendente y de la libertad ganada jurídica y políticamente por las personas de nuestra época este constituye un signo de nuestro tiempo, ciertamente no puede ser voluntad de Dios las múltiples dependencias no siempre confesadas que, de hecho, condicionan gravemente el ejercicio de esta libertad y, en razón de todo lo anterior, tampoco puede serlo el lamentable abandono en que las mismas personas subsisten.

- En cumplimiento de su misión de unidad de la sociedad humana, concluimos que la Iglesia no puede sino acoger con actitud "maternal" a la persona real con su demanda de autonomía y su abandono, y crear las condiciones para una experiencia a fondo de su naturaleza e identidad personal más profunda, a saber, esta de ser ulteriormente hijo e hija de Dios, hermanos y hermanas unidos por vínculos que suministran contenido real a una libertad que, de otra manera, conduce a la mera dispersión y a la soledad.

- La Iglesia tiene a este propósito una oportunidad única de escrutar los "signos de los tiempos" y comunicar un mensaje que sea auténtica "buena noticia" universal. Difícilmente podrá hacerlo si en vez de abrirse a la persona real de nuestro tiempo y ofrecer a ella la experiencia de su fundamento, procura prevalecer jurisdiccional o políticamente sobre ella.

Entre ambas reuniones

- Hemos enfrentado la pregunta sobre cómo la Iglesia puede tener un mensaje vinculante para las personas de hoy.

- Hemos leído como caso cercano de intento de diálogo de la Iglesia con la sociedad chilena, el documento de los obispos sobre el bicentenario.

- Hemos recibido algunas notas digitadas de Enrique Barros, resumen de su opinión expresada en la última reunión.

- Hemos recibido también un borrador de Cristián Barría, en el que analiza el tema de la Iglesia y la democracia desde un punto de vista psicológico.

3.- ¿Qué se busca a futuro?

a) Queremos hacer teología de "los signos de los tiempos":

- Captar el sentido de los acontecimientos más significativos de nuestro tiempo.

- Esto supone que los fenómenos, transformaciones culturales, desafíos seculares que pueden y deben ser comprendidos por diversas disciplinas...
- importan un sentido teológico que hay que descubrir.
 - Necesitamos de la mediación científica para conocer la realidad
 - pero, sobre todo, necesitamos del Espíritu que nos haga comprender la acción de Dios en la historia.

b) Queremos hacer una teología laical y multidisciplinar:

- Partimos de la base de que la vocación teológica de la Iglesia no se agota en el clero y la academia.

(1) Suponemos que al laico compete la Iglesia *ad extra* y *ad intra*, lo espiritual y lo temporal. La reducción del laico a lo secular no se sostiene más.

(2) Contamos con que la creación en toda su amplitud es conocida por la razón natural y por la fe. Las ciencias tienen mucho que aportar a la actividad teológica. El intento de una teología multidisciplinar puede ser difícil de implementar desde un punto de vista metodológico, pero desde el punto de vista de la fe es una tarea obligada.

III Evaluación y sugerencias

- Cerramos un ciclo de cuatro reuniones en un semestre. Período "experimental" de funcionamiento.

- Se hace necesario imaginar los términos de la continuidad del próximo año:

a) ¿En qué medida este grupo y estas reuniones han respondido a los propósitos recién señalados?

b) ¿Cómo habría que trabajar el próximo año?

En cuanto a lo primero, los participantes expresan:

(1) Impresiones más personales: predomina una sensación de satisfacción por el trabajo realizado, especialmente por el espacio de conversación libre que el grupo representa, rico en perspectivas diferentes, escaso en la Iglesia; como si el mismo grupo representara la comunidad eclesial a la que se aspira. Algunas personas expresan su alegría y detectan incluso cierta efervescencia y frescura en el compartir de las ideas. Se ha podido incluso ir en contra de los propios pre-juicios. Este tipo de espacios ayudan a liberar el acervo de la Iglesia del que a veces ella misma es prisionera. Se valora que se considere la opinión de los laicos en temas laicales.

(2) Opiniones metodológicas: hay perfecta conciencia de la dificultad metodológica del intento. Y, por lo mismo, de su valor. Es difícil lo que estamos haciendo. Se trata de un espacio diferente de diálogo, raro en su especie. El rigor abrumador del grupo juega en su

contra. Se advierte como una posible réplica de uno de los problemas eclesiales que enfrentamos, el hecho de que las mujeres del grupo no hayan venido. El método, el nivel, es apasionante y aterrador. ¿No habría que revisarlo para dar más espacio a otras personas?

En cuanto a lo temático, nos hemos aventurado a discernir los signos de los tiempos, entre dos alternativas infecundas: la de la Iglesia latinoamericana de los años setenta, que tendió a convertir la fe en un material inagotable, en una comunidad ideal de lenguaje basada en el Evangelio; y la de la actual búsqueda de certezas apoyada con catecismos. Nunca como antes las personas habían experimentados tantas y tan fuertes tensiones. Esto es a lo que hay que atender hoy. Cómo evangelizar a personas muy distintas y sumamente exigidas por la vida moderna, mostrándoles que el Evangelio no es ajeno a lo suyo, que puede mejorar e iluminar sus experiencias.

En cuanto a lo segundo, hay que distinguir:

(1) Lo que atañe al tema: "Católicos en democracia" es un tópico específico de un tema más amplio "católicos en la modernidad". Algunos piensan que el tema debiera ampliarse en esta dirección. Otros creen que el tema primero da para rato. La privatización en curso, la desestructuración de las comunidades históricas portadores de sentido en una sociedad sin atributos, el sistema económico que usa y desusa a la gente, están destruyendo a las personas a un grado alarmante. Es así que "lo público" se levanta como tema, y habrá que estar atentos a si no surge una nueva idea de lo público.

Incluso, surgen propuestas en orden a hacer de la oración de los cristianos hoy un tema a considerar; la evangelización del mundo contemporáneo, especialmente la de los no creyentes; y temas propios de laicos.

(2) Sobre el método se hacen algunas recomendaciones:

- Que continuemos apoyándonos en la lectura de un texto.
- Que se formulen preguntas sencillas, que apelen a la experiencia, casi triviales, pero que permitan a todos abordarlas a su manera; cuidando de transformar las reuniones en un diálogo de profesionales de la palabra.
- Ir *lento ma non troppo*.
- No alejarse de lo concreto, que es allí donde se manifiestan los signos de los tiempos.

(Burmeister/Costadoat)